Los planes de Micaela (“el hombre propone y Dios dispone”) se dirigían a humillar las fachas de Damián para vengarse del desaire que Prudensia y Clementina le habían inferido; pero también se vengaría de las murmurasiones y desdenes colectibos; principalmente todos verían quien podía mas: ella, o esa mujer aventurera, que pretendía conquistar, entre otros, a Damián. El menosprecio de David Estrada y más todavía el de Julián Ledesma —que había logrado ser correspondido por Mercedes Toledo cuando Micaela creía tenerlo seguro—, traían a ésta “como enyervada”, según el decir común. Haría que Damián la pidiera y entonces, o en vísperas del matrimonio, arregladas todas las cosas, hechos todos los gastos, lo dejaría plantado. Sus agravios la llevaban a peores proyectos: insinuarse a don Timoteo, despertarle con fuerza una pasión senil, favorecerlo con esperanzas, provocar un choque entre padre y hijo; era rumor general que don Timoteo no le guardaría respeto a su mujer difunta más de seis meses y que se cazaría tal ves antes.

Los planes de Micaela, infaustamente, orriblemente, habían de acabar como los de la Lechera que llevaba el cántaro al mercado.

Nefasto día ese dos de mayo en cuya noche Micaela Rodríguez inició relaciones formales con Damián Limón. ¡Desgraciada noche!

Fragmento tomado de la obra: “Micaela” de Agustín Yáñez. Versión digital disponible en Literatura UNAM. <http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=263&Itemid=31&limit=1&limitstart=5> (Fecha de consulta: 22-05-2014)